

MANAGUA, NICARAGUA

CULTURA LIBRE

TU VOZ VALE

MAYO Y JUNIO 2026
VOLUMEN 141



La Nicaragua que

SOÑAMOS

ESTE ESPACIO ES TUYO

Hacete parte del equipo enviando aportes a:
info@rculturalibre.com



- Artículos de opinión
- Poemas
- Ilustraciones/caricaturas
- Fotografías
- Ensayos cortos

O cualquier otra forma de expresión que muestre tu postura frente a la coyuntura nacional.



Compartan su opinión
en las redes sociales
usando el hashtag
#CULTURALIBRE

[/RCulturaLibre](#)
[@RCulturaLibre](#)
[@RCulturaLibre](#)
www.rculturalibre.com
info@rculturalibre.com

Lo que se publica en este espacio, no es necesariamente el sentir o punto de vista de los realizadores. Exprésate de manera libre y sin censura.

Editorial

Construir el futuro requiere, antes que nada, la valentía de imaginarlo, y para nosotros, como un espacio de expresión por y para jóvenes, plantear la Nicaragua que soñamos es de una relevancia absoluta. En medio de realidades complejas y horizontes que a veces parecen difusos, atreverse a trazar un país basado en la empatía, la justicia y la dignidad compartida no es un ejercicio de nostalgia, sino un acto vivo de resistencia y esperanza.

En esta edición encontrarás el trabajo de jóvenes que decidieron plasmar sus anhelos, sus críticas constructivas y sus visiones de cambio. A cada uno de ellos les agradecemos profundamente por confiar en nuestro trabajo y por recordarnos, a través de sus palabras, que las fronteras del pensamiento no se pueden cercar.

Los sueños de una juventud no son utopías vacías; son la brújula que marca hacia dónde debemos caminar. Este número es una invitación a encontrarnos en los puntos comunes, a abrazar la diversidad de nuestras ideas y a entender que el país con el que florecemos por dentro se construye desde las acciones del presente. Que estas páginas sirvan como un espejo de lo que somos y, sobre todo, como un mapa encendido hacia la Nicaragua que merecemos habitar.

The background is a solid red color with a faint, large-scale illustration of a megaphone. In the upper left, there are silhouettes of two people standing on a podium, each holding a flag aloft. The text 'AL MEGÁFONO' is written vertically in the center in a bold, white, sans-serif font. A small teal triangle points to the left of the word 'AL'. A white horizontal line is positioned below the word 'NO'.

▶ AL
ME
GÁ
FO
NO

AL MEGÁFONO

AL MEGÁFONO

AL MEGÁFONO

El lienzo en blanco del futuro: Construir la Nicaragua que queremos habitar



A veces nos da por pensar que el destino de un país está escrito sobre piedra, como si fuéramos espectadores pasivos de nuestra propia historia. Pero la verdad es que la Nicaragua que soñamos no es un deseo abstracto ni una utopía inalcanzable para colgar en la pared; es un plano arquitectónico que nos toca diseñar y construir desde el presente. Soñar con un país diferente no es una simple fuga de la realidad, sino un ejercicio profundo de resistencia creativa y pensamiento crítico. Se trata de plantearnos con honestidad qué nación nos merecemos y, sobre todo, qué transformaciones estructurales, pedagógicas y comunitarias tenemos que activar desde hoy para dejar atrás los viejos vicios y dar el salto hacia el siglo XXI.

El primer gran cambio, el cimiento de todo este mapa hacia el futuro, tiene que ocurrir en la forma en que compartimos y construimos el conocimiento. Los modelos educativos tradicionales, amarrados a la rigidez de las aulas físicas, la memorización pasiva y los horarios cuadrados, ya no responden a las necesidades de las juventudes ni a las demandas del entorno global. La Nicaragua del mañana debe apostar por una

revolución educativa que sea estrictamente digital y asincrónica. Descentralizar la educación a través de ecosistemas virtuales accesibles permite romper las barreras de la distancia y los entornos restringidos, garantizando que cualquier chavalo o chavala, sin importar dónde se encuentre, pueda dominar habilidades críticas como la lógica computacional, el análisis de datos, la gestión de proyectos y las ciencias sociales. La virtualidad, bien ejecutada, es la herramienta más potente y segura para democratizar el saber y emancipar el pensamiento.

A la par de este giro tecnológico, el país que anhelamos debe reconciliarse con su propio suelo a través de una conciencia ecológica profunda y un modelo de desarrollo sostenible. No hay futuro viable si seguimos apostando por economías extractivistas que desgastan nuestros recursos. La transformación verde empieza desde abajo, promoviendo la soberanía alimentaria y la autonomía comunitaria. El impulso de huertos caseros y proyectos de agricultura urbana a pequeña escala es mucho más que una solución económica; es una vía práctica para expandir la conciencia colectiva, reconectar con la naturaleza y fortalecer la resiliencia de los barrios frente a las crisis climáticas globales. Un entorno saludable es la base para una sociedad equilibrada.



Al levantar la mirada hacia el resto del mundo, nos damos cuenta de que estos cambios no son ciencia ficción, sino transiciones reales que otros ya han logrado con éxito. Pensemos en Estonia: una nación que tras un periodo de profunda reconfiguración decidió apostar por la soberanía digital, convirtiéndose en el país más interconectado de Europa. Al digitalizar la educación y los servicios públicos desde las bases, demostraron que la falta de infraestructuras físicas tradicionales no es un obstáculo si se tiene la audacia de saltar directo al futuro.

En el ámbito de la sostenibilidad y la gestión comunitaria, Singapur nos enseña cómo un territorio pequeño y con recursos severamente limitados puede transformarse por completo. A través de la innovación tecnológica, el diseño de huertos urbanos verticales y una política estricta de autosuficiencia hídrica y áreas verdes integradas, demostraron que la resiliencia ambiental y el desarrollo no están peleados, sino que dependen de una planificación inteligente y colectiva. Asimismo, diversas iniciativas de aprendizaje asincrónico en entornos complejos a nivel global confirman que las plataformas digitales son trincheras eficaces para mantener vivo el pensamiento sin importar las limitaciones físicas.

¿Qué nos toca cambiar a nivel individual para que este plano se vuelva realidad? Debemos sacudirnos la apatía y entender que la reconstrucción del tejido social no cae desde arriba ni se decreta en un papel oficial. La verdadera transformación se programa en el microespacio de la comunidad: en la práctica de la empatía, en el debate honesto y sin censura, en la corresponsabilidad de los cuidados mutuos y en la atención prioritaria a nuestra salud mental colectiva. Cuidar de los nuestros y abrir canales de diálogo seguro son las acciones cívicas que devuelven la confianza y sanan el entorno.



La Nicaragua que soñamos nos exige la valentía de desaprender los patrones del pasado y la creatividad para proponer soluciones disruptivas. Las herramientas digitales son de código abierto y el talento de las juventudes sobra.

El reto actual es apropiarnos de esa tecnología, situarla en nuestras comunidades locales y ejecutarla con un sentido estricto de justicia y equidad. Este artículo no es una carta de buenas intenciones para el futuro; es una hoja de ruta para el presente.

El país que queremos no va a aparecer por arte de magia; lo estamos escribiendo, debatiendo y construyendo hoy, con la absoluta certeza de que nuestra voz es la brújula que guiará ese mañana inevitable.



5 COSAS A CAMBIAR PARA SANAR EL PAÍS

Por: Sofía Méndez

Cuando revisamos los ránking globales, los datos de Nicaragua nos devuelven un espejo incómodo. El país puntea de forma recurrente en las estadísticas más crudas de la región: lideramos las tasas de embarazo adolescente, arrastramos una deserción escolar que fractura el futuro de miles de chavalos, la salud mental juvenil se deteriora en silencio y ocupamos los últimos lugares en el Índice de Innovación Global y competitividad laboral. Atribuir estos indicadores exclusivamente a factores externos es quedarnos en la superficie.

Las estadísticas son el síntoma de una estructura invisible: nuestra propia cultura social e institucional. Si de verdad anhelamos diseñar una nación distinta, la Nicaragua que soñamos nos exige audacia para identificar y desarmar estos cinco patrones.

1. EL DESPRECIO AL CONOCIMIENTO

Nuestra cultura institucional y educativa sufre de una peligrosa miopía: ver la investigación y el desarrollo (I+D) como un gasto innecesario y no como la inversión primaria del país. A nivel global, las sociedades que logran salir de la pobreza de forma acelerada son aquellas que subsidian la curiosidad, el pensamiento científico y el diseño tecnológico desde las políticas públicas. En Nicaragua, la tendencia cultural es educar para la manufactura y la repetición, premiando la obediencia sobre el cuestionamiento. Sin fondos públicos destinados a la ciencia, ni un currículo que priorice la lógica computacional y la resolución de problemas complejos, seguiremos condenados a consumir tecnología extranjera en lugar de crearla.

2. LA CULTURA DE LA INFORMALIDAD

El mercado laboral nicaragüense padece un mal estructural: la normalización de la informalidad como única vía de subsistencia. Existe una tolerancia cultural, tanto a nivel micro como institucional, hacia la falta de reglas del juego claras, contratos formales y garantías básicas. Este entorno difuso y sin certidumbre provoca que el talento joven más brillante, en lugar de enfocar su energía en especializarse, innovar o escalar empresas locales, deba desgastarse en la pura supervivencia o termine migrando. Sin un ecosistema laboral predecible, formalizado y meritocrático, es imposible retener el capital humano que el desarrollo nacional necesita.

3. EL TABÚ DE LA VULNERABILIDAD

Arrastramos una alarmante crisis de bienestar emocional, agravada por el mandato de "aguantar en silencio". Ver la salud mental como un asunto secundario o "cosa de locos" bloquea la creación de redes de apoyo mutuo y canales de escucha activa. Sanar el tejido social requiere normalizar la vulnerabilidad y el autocuidado como ejes cívicos básicos.

4. LA RIGIDEZ ESPACIAL DEL SABER

Culturalmente seguimos amarrados a la idea de que el conocimiento solo es válido si ocurre dentro de un aula física y bajo metodologías de memorización pasiva. Esta rigidez expulsa del sistema a quienes deben trabajar o viven en zonas aisladas. Debemos desaprender este sesgo y validar el aprendizaje digital y asincrónico como un método avanzado y digno para democratizar el saber.

5. HORIZONTES CERRADOS PARA LAS CHAVALAS

Detrás de las altísimas cifras de fecundidad en adolescentes hay una narrativa cultural que asocia, de forma casi automática, la realización de una mujer con la maternidad a edades tempranas. Desmitificar este patrón pasa por abrir horizontes diferentes para las chavalas, demostrándoles que sus proyectos de vida, su educación y su desarrollo intelectual son igual de valiosos y urgentes.





AVANZAR ES DEJAR ATRÁS LOS CAUDILLOS Y EL GÜEGÜENSE

Para entender las fracturas históricas y las asignaturas pendientes de la sociedad nicaragüense, no basta con analizar los decretos oficiales o los grandes acontecimientos políticos. Las verdaderas dinámicas de un país se programan en el micropúsculo de la vida cotidiana: en la acera del barrio, en la asamblea comunitaria, en la gestión de la fiesta patronal y en la forma en que los ciudadanos nos relacionamos con la norma y entre nosotros mismos. Intentar transformar la realidad social utilizando los mismos hábitos mentales que han bloqueado nuestra convivencia durante generaciones es una trampa circular.

Si de verdad anhelamos dar un salto cualitativo hacia una ciudadanía moderna y cohesionada, el desafío prioritario no es solo de infraestructura, sino profundamente cultural. Nos urge la audacia de mirarnos al espejo, desarmar los mitos que justifican nuestros atrasos y hackear los arquetipos conductuales que operan como el verdadero freno de mano del desarrollo comunitario.

En su lúcido estudio sobre la idiosincrasia nacional, el pensador Emilio Álvarez Montalván desmenuzó con precisión quirúrgica esos rasgos psicológicos colectivos que condicionan nuestra relación con la autoridad y el entorno. Entre la galería de patrones que el autor identifica, destacan dos figuras que actúan como las dos caras de una misma moneda trágica: el Caudillo y el Güegüense.



Ambos arquetipos no pertenecen al pasado colonial ni a las páginas de la historia marchita; habitan en el presente, se reproducen en nuestras interacciones diarias y moldean el tejido cívico de nuestras comunidades.

El bucle social consiste en que el primero centraliza el espacio común bajo la lógica de la fuerza y el patrimonio, mientras el segundo sobrevive mediante la simulación, la informalidad y el disimulo. Este choque perpetuo dinamita el activo más valioso que requiere cualquier sociedad para prosperar: la confianza mutua y la corresponsabilidad.

El primer gran obstáculo para la modernización de nuestra convivencia es la persistencia del arquetipo del Caudillo, que se traduce en una mentalidad patrimonialista incrustada en las relaciones sociales más básicas. Culturalmente, tendemos a concebir el comité del barrio, el club deportivo local, la organización comunitaria e incluso la junta de vecinos como si fueran la finca propia de quien los lidera. El caudillismo no es una exclusividad de las altas esferas gubernamentales; es un hábito mental que atomiza la organización social y castiga la iniciativa ciudadana.

Bajo este esquema vertical, la toma de decisiones se concentra en una figura única a la que se le delega todo el poder a cambio de protección o favor. “Aquí se hace lo que yo digo” o la sumisión silenciosa ante el liderazgo autoritario del barrio son reflejos cotidianos de cómo este arquetipo ahoga la pluralidad y anula el debate horizontal desde la raíz.

En una época donde los grandes avances sociales se logran a través de la cooperación en red, la participación ciudadana activa y el diseño colectivo de soluciones, el caudillismo nos vuelve cívicamente estériles.



Una sociedad que progresa requiere descentralización, debate abierto y una gestión compartida de los problemas comunes.

Si seguimos buscando o aceptando la figura del cacique local para que resuelva los clavos del vecindario, continuaremos sepultando la responsabilidad ciudadana. Romper este patrón implica entender que el bienestar común no se gestiona de forma vertical ni depende de las prebendas de un líder providencial, sino de la capacidad de diseñar espacios de encuentro donde cada ciudadano se reconozca como un nodo activo y autónomo de transformación.

Como contraparte y escudo frente a esta opresión vertical aparece el Güegüense. Si el Caudillo impone la norma de forma arbitraria y trata el entorno como su patrimonio, el Güegüense aprende a sobrevivir usando

el disimulo, la burla de pasillo y el célebre “decir sí pero hacer no”. Esta destreza histórica, que nació como un mecanismo de resistencia pasiva sumamente ingenioso frente a la autoridad hostil colonial, se ha convertido con el tiempo en una tara cultural que esteriliza la construcción de un orden social justo y formal. El Güegüense es el maestro de la evasión cívica; opera siempre al margen de las reglas de convivencia, boicotea los acuerdos comunitarios y desconfía por defecto de cualquier marco institucional, asumiendo que cualquier norma está diseñada para perjudicarlo o controlarlo.

Hoy en día, esa resistencia pasiva se manifiesta en una profunda falta de transparencia comunitaria, un recelo crónico entre vecinos y la normalización de la simulación en los compromisos sociales. Vivimos en un entorno social que tolera la informalidad, la falta de reglas claras y el irrespeto al espacio público, confundiéndolos con “astucia” o libertad.

Sin embargo, para construir una sociedad cohesionada se requiere todo lo contrario: honestidad radical, respeto a los acuerdos colectivos y procesos predecibles. “Güegüensizar” nuestra convivencia bloquea el desarrollo social porque sustituye la planificación comunitaria y el cuidado del entorno por la pura improvisación y el sálvese quien pueda. El ciudadano, en lugar de enfocar su energía vital en fortalecer el tejido social de su barrio o proponer mejoras estructurales, termina recluyéndose en el microespacio de su casa o, frustrado por la falta de certidumbre y de reglas del juego limpias, opta por el aislamiento y la apatía.

La interacción constante entre el Caudillo y el Güegüense genera un círculo vicioso de desconfianza sistémica que destruye el capital social del país. El que ejerce algún tipo de liderazgo comunitario



sospecha de cualquiera que proponga algo diferente, interpretándolo como una amenaza a su control; por su parte, los miembros de la comunidad sospechan de cualquier iniciativa, asumiendo que oculta un interés personal o patrimonial.

Esta sospecha mutua vacía de contenido los esfuerzos de organización local. En las naciones que logran un bienestar social sostenido, la confianza mutua no es un adorno discursivo, sino una infraestructura invisible que permite la cooperación, agiliza la resolución de conflictos y hace posible los proyectos a largo plazo. Sin un marco de certidumbre donde los pactos sociales se cumplan por igual, es imposible consolidar iniciativas comunitarias que sobrevivan en el tiempo.

Dejar atrás este bucle histórico nos exige transformar la resistencia pasiva en propuesta constructiva y formal. La queja en la acera o el disimulo frente al líder autoritario son herramientas eficaces para la supervivencia inmediata, pero son totalmente incapaces de alterar las estructuras sociales que nos limitan.

El relevo cívico debe dar el salto hacia una cultura del diseño social: usar el ingenio no para esquivar las responsabilidades colectivas o saltarse las

de organización transparentes, democráticas y replicables. Esto implica documentar los acuerdos comunitarios, gestionar los recursos comunes con total claridad y validar la toma de decisiones basada en las necesidades reales del colectivo, arrebatándole el control tanto a la arbitrariedad del caudillo como a la improvisación del güegüense.

Finalmente, avanzar requiere un ejercicio urgente de honestidad colectiva: desmitificar la “viveza criolla” como si fuera una virtud social. Históricamente hemos celebrado al que sabe “asolear” las normas de tránsito, al que se salta la fila, al que se apropia del espacio público o al que saca ventaja individual a expensas del bienestar del barrio. Esa mentalidad, lejos de ser un rasgo de inteligencia, es la que perpetúa la precariedad de nuestras comunidades y sabotea la creación de ciudadanía. Una cultura social moderna y equitativa debe empezar a premiar la constancia, el rigor cívico, el respeto a los acuerdos y la rendición de cuentas por encima del oportunismo inmediato o el aplauso al “más vivo” de la cuadra.

La verdadera transformación social no va a caer del cielo con un cambio mágico de circunstancias externas; se programa día a día en la forma en que nos relacionamos con la norma, cuidamos el espacio común y estructuramos nuestras organizaciones de base.

Romper el ciclo del Caudillo y el Güegüense significa atreverse a construir desde la formalidad, la transparencia y la confianza mutua. Solo hackeando estos hábitos conductuales seremos capaces de sustituir la cultura de la simulación por una cultura de diseño social, fundando una convivencia ciudadana predecible, solidaria y robusta que nos permita habitar el futuro de manera sostenible.

El arte es el verdadero motor de una sociedad.

Cuando pensamos en el desarrollo o la riqueza de un país, casi siempre nos imaginamos números, comercio o grandes construcciones. Pero hay una fuerza invisible que define el éxito de una sociedad mucho antes de que aparezcan los edificios: la expresión artística.

El arte ya sea la pintura, la música, el teatro, la literatura o el cine, no es un pasatiempo para los fines de semana ni un adorno para decorar paredes. Es el laboratorio donde una sociedad ensaya su futuro, cuestiona su presente y descubre de qué es capaz.

Imaginate que las comunidades que solo se enfocan en producir bienes materiales se quedan planas, repitiendo siempre las mismas fórmulas. El arte, en cambio, es lo que enciende la imaginación colectiva. Cuando vos ves una obra que te conmueve, escuchás una canción que te eriza la piel o participás en un proyecto visual, tu mente se expande.

Esa flexibilidad mental que te da la apreciación artística es exactamente la misma que se necesita para la ciencia, la tecnología y la innovación. Las sociedades que apoyan a sus artistas y llenan sus calles de expresión creativa son las que aprenden a pensar outside the box para resolver sus problemas más complejos.

Además, la expresión artística es el puente que crea comunidad. El arte nos permite ponernos en los zapatos de otra persona, sentir empatía y entender realidades distintas a la nuestra sin necesidad de discutir. Una sociedad sin arte se vuelve fría, aislada y desconfiada.

Cuando compartimos historias a través de la creatividad, el tejido social se fortalece. Aprendemos a colaborar, a respetarnos y a construir una identidad propia de la cual sentirnos orgullosos.

Si no le damos valor al arte, el talento de las juventudes se apaga o se marcha a buscar otros horizontes. Dejamos de ser creadores para convertirnos en simples consumidores de las ideas de otros países.

Por eso, apoyar el arte y atreverse a crear no es un lujo superfluo: es la inversión más inteligente que una sociedad puede hacer. El arte nos da las herramientas para diseñar soluciones propias, retener nuestra riqueza humana y construir un entorno vibrante.

Al final, la verdadera riqueza de un pueblo no se mide por lo que tiene guardado en los bancos, sino por la capacidad de sus mentes para imaginar, crear y transformar el mundo a través de la belleza.

CUENTOS

HISTORIAS

RELATOS MÁGICOS

HISTORIAS

FÁBULAS

CUENTOS





El Problema de los Tres Cuerpos: Venus; Auge, La Ceguera Solitaria.

Por: Rolando Dávila-Sánchez

La Red de Captura Global zumba debajo de mis pies con una vibración que ya no es mecánica, sino casi subatómica. Desde el Pináculo Central, la estructura de observación más alta jamás construida en Venus, contemplo el hervidero de luz ámbar que antes llamábamos atmósfera. Hemos domado las tormentas de ácido, hemos canalizado la presión aplastante del manto y, en exactamente doce ciclos, activaremos el Enlace de Fusión Primordial. Al accionar ese interruptor magnético, nuestra especie ascenderá. Absorberemos el cien por ciento de la energía de nuestro planeta natal. Seremos, según las antiguas y casi olvidadas escalas cosmológicas, una civilización de Categoría 1.

Soy la Arquitecta Mayor. Mis cálculos han guiado cada engranaje, cada red neuronal, cada sifón térmico incrustado en la corteza venusiana. Mi mente es considerada el ápice del conocimiento de nuestra era, un honor que hoy se siente como una corona de plomo. Porque yo, y solo yo en un océano de diez mil millones de mentes conectadas en el júbilo del progreso, he visto la falla.

No está en la ingeniería. Las máquinas son perfectas. El error está en la soberbia de nuestra premisa.

Anoche, mientras el Consenso Planetario celebraba la víspera de la Ascensión, corrí una simulación asimétrica aislada del nodo principal. Quería contemplar la belleza matemática de la retroalimentación energética. En su lugar, encontré el abismo. Al extraer la totalidad de la energía cinética y termodinámica del núcleo, detendremos la rotación residual del planeta. Las fallas tectónicas, que hemos mantenido artificialmente selladas, sufrirán una descompresión instantánea. No será un colapso lento; será una fractura en cadena. El manto se invertirá. En cuestión de horas, Venus se convertirá en algo así como una estrella enana de fuego puro, una enanísima marrón a temperatura ambiente, suena poético, si, pero posible; en todo caso acabaría consumiendo nuestra civilización, nuestros archivos, nuestro orgullo. Todo se reducirá a cenizas sin memoria.

Intenté advertirles. Compartí los datos en la red sináptica del Directorio. La respuesta fue unánime e inmediata: Inconsistencia de procesamiento. Riesgo de estrés pre-Ascensión detectado. Sugerimos calibración neurológica.

No lo ven porque no pueden verlo. El sistema ha evolucionado para rechazar cualquier variable que detenga el engranaje supremo. Somos una sociedad de colmena, perfecta, brillante, pero funcionalmente ciega.

En la soledad de este observatorio, rodeada de la luz enfermiza de las pantallas de estado, un eco antiguo resurge en mi memoria. Pertenece a los Archivos de Polvo, registros de los primeros días en la esclusa, cuando la supervivencia pendía de un hilo. Pertenece a un idioma muerto, de bloques ásperos y fríos:

„En för alla.” Uno para todos.

Ese era el mito de la fundación. La mentira o la verdad — ya no importa— de que un individuo debía sacrificarse para que el colectivo soportara el infierno. Un acto de entrega absoluta.

Hoy, esa premisa se ha invertido en una perversión macabra. El eco de “todos para uno” se ha transformado en un monstruo unificado. La totalidad de mirazamarcha al unísono hacia el suicidio, y esa misma totalidad se yergue, como un muro de hierro, contra mí. Es todos los demás contra la única mente que comprende la verdad. Si intento detener el Enlace de forma pública, los sistemas de seguridad me clasificarán como una anomalía biológica y me aislarán antes de que pueda mover un dedo.



La historia de nuestros inicios se borró bajo las capas de circuitos y la arrogancia de haber conquistado la presión atmosférica. Olvidaron que este planeta, Venus, no se doma, solo te permite existir si respetas sus límites.

Miro mis manos. Están limpias, sin las cicatrices químicas que manchaban la piel de nuestros ancestros. Pero el peso de la decisión es infinitamente mayor. Si los dejo proceder, moriremos todos con la gloria de los dioses idiotas. Si los detengo, tendré que destruir la Red de Captura desde el núcleo. Un sabotaje de tal magnitud no solo retrasará nuestro desarrollo milenios, devolviéndonos a la oscuridad de las ciudades subterráneas, sino que desatará la furia del Consenso sobre mí. En todo caso seré la traidora máxima, la asesina del apogeo, la otrora cúspide del conocimiento convertida en un error que deberá ser purgado... pero aún habrá vida, y con ella, esperanza.

Me acerco a la consola principal, desconectando mi biometría de la red del Directorio. Mis pulsaciones se aceleran, rompiendo el ritmo monótono de la colmena. Sonrío con una amargura que nadie más en este planeta es capaz de sentir. El peso de una decisión recae en mí sola, transcender o sobrevivir, el intento de la derrota, no estábamos a la altura de los predecesores, era muy pronto, pero cómo soñábamos en estar a la altura de nuestra estrella, no, en nuestra soberbia queríamos hacer lo mismo que con este planeta, gobernarla, someterla.

El viejo lenguaje, aquel que usaba la gramática como un bisturí, tenía razón. "Uno para todos". La salvación requiere un sacrificio asimétrico. Esta vez, no será el sacrificio de la vida por la gloria colectiva, sino el sacrificio del propio nombre, del honor y del futuro, para evitarnos la evaporación en el cosmos.



Tecleo la secuencia de sobrecarga en los sifones térmicos, introduciendo el virus de inversión que he diseñado en las últimas tres horas. Cuando pulse ejecutar, las alarmas aullarán. Vendrán por mí. Me borrarán de la historia. No hay esperanza de comprensión, tampoco quiero ser perdonada.

Bondens offer. El sacrificio del peón.

Cierro los ojos, y presiono el cristal. Que empiece la caída, así no lo entiendan y se escape a toda comprensión, quedará la vida, es maravillosa.



EN MI MENTE NOS VEO VOLAR

Por: José Gabriel Valle Solís

María tiene 75 años y unos recuerdos que guardan memorias de una Managua que ya no existe, cuenta a sus nietos como era antes cuando el miedo y la falta de vision positiva acababa con el sueño de una Nicaragua que buscaba avance, innovación y seguridad... Ahora que camina por las nuevas venas que unen nuestros departamentos, los edificios que tocan el cielo, las areas verdes donde los ciudadanos se reunen y respetan la naturaleza, las nuevas vias de trenes para que las ciudades y pueblos esten más conectados donde la expresion se volvió un signo de avance y no un riesgo propio, la conservacion de la cultura y de los pueblos historicos no se perdio se volvió mas visible demostrando que se pudo avanzar socialmente y estructuralmente sin perder las raices y cultura soltando el miedo y la represión que nos alejaban del avanze, ahora María disfruta más que nunca su país cumpliendo sus obligaciones como ciudadana.



▶ VERSOS LIBRES I

EN MI MENTE NOS VEO VOLAR

Por: Kevin Alemán

Las palabras ya no quieren ser trincheras, ahora quieren ser planos, mapas, puentes, queriendo descifrar el mañana con las manos limpias.

Mirá la calle: el sol de las dos de la tarde rebota en las aceras, pero esta vez no esquivamos el polvo de la improvisación.

Hay un murmullo nuevo que corre por los barrios, un ritmo que no simula, que no se esconde en el pasillo, que dejó atrás la vieja costumbre de obedecer al viento.

Somos la generación que dibuja con luz y la prosperidad no es un milagro que cae del cielo, es este impulso de sentarse juntos en círculo, de abrir las ventanas de par en par, sin miedo.

PARA BRILLAR EN LA OSCURIDAD

Por: Natalia Flores

No estamos condenados a la repetición de los siglos, ni al bucle infinito de las viejas crónicas coloniales.

Habrà una cosecha que no se medirá en los bancos de Nueva York ni en las estadísticas de las aduanas hostiles.

Sino en la abundancia de la plaza compartida, en los laboratorios, los talleres y las calles.

Viendo los dos volcanes de Ometepe desde el aire, comprendo que la verdadera riqueza no estaba bajo el suelo, sino en la arquitectura limpia de nuestras mentes.

Llegará la primavera de la certidumbre, el día en que los acuerdos se cumplan bajo la sombra de la ceiba, y los pájaros guardabarrancos volarán sobre un país predecible.



TE INVITAMOS A NO BOTAR ESTA REVISTA

¡COMPARTILA!

